

## Tarde de clase en el Tirón

En algún lugar del río Tirón. Belorado, 2 de Julio de 1994.

—Hoy no pican —, dice Rodrigo.

—Si ya te digo yo que hoy hace muy bueno, que es mejor si hay tormenta — añade Pablo.

Javier, despreocupado mientras pone su trozo de lombriz en el pequeño anzuelo, replica:

—¡Bah!, pero eso es pa' las truchas, pa' los «morachos» da igual.

—También influye — replica Pablo en modo firme, dando a entender seguridad.

El zumbido de una libélula distrae la mirada de nuestros cuatro amigos, sentados en un muro sobre una poza de aguas cristalinas. Sus bicis, aparcadas en los pedregales de la orilla, y sus cañas, sobre la poza, en este caluroso día.

—Y tú, Juan, ¿has venido mucho a Belorado? — pregunta Pablo.

— No, es mi tercera vez, suele venir más mi primo a Madrid. No conozco mucho. Pero me gusta—añade, dando a entender que quisiera venir más y tratando de ganar la confianza de sus nuevos amigos. —Mi primo siempre habla bien de su pueblo, de la comarca, de su historia, sus valores, y, sobre todo, suele hablar de su naturaleza.

—Sí, “Gafas” (por Rodrigo) es un estudioso—, replica Pablo en tono jocoso—, le gustan mucho todos esos rollos. Nosotros ya sabemos que somos los mejores en Belorado, afirma en tono bromista y chulesco.

—¿Por qué te llaman «Mani», Pablo?

Aquí todos tenemos «mote», y a mí me tocó lo de “Mani” porque mi padre, albañil, usa una «Manitou», una carretilla elevadora para obras.

La sombra de la chopera protege del sol a nuestros protagonistas, las ranas croan poco más arriba, y el verdor de los sauces y el multicolor de las flores hacen de telón de fondo. La multitud de aves, de banda sonora, destacando sobre todas ellas las currucas y los ruiseñores, con su melodioso canto, mientras algunas golondrinas surcan el cielo en busca de molestos insectos.

«¡Un lugar paradisiaco!», piensa Juan, madrileño, primo de Rodrigo, «Gafas», «¡cuán bien se está aquí!» «¡Qué paz!». Acostumbrado al ajetreo de Madrid, todo esto le parece una dosis de elixir. Cuando, de pronto, rompiendo la perfecta

armonía, llega a su nariz un pestilente olor, acompañado de las palabras de reprobación de su primo Rodrigo:

—¡Qué mal huele!, ¡puaj! —¡Dios!, ha sido “Ezquerra”, fijo —, se apresura a decir Pablo.

—¡Calla “Mani”! ¿Por qué iba a ser yo? —Joer, ¿no has dicho que comiste caparrones? —le replica

—¿Y? —, responde Javi girando la cabeza, en tono despectivo.

—Pues que con los caparrones se tiran pedos, ¡no te hagas el tonto!

Juan, que no entiende nada, interrumpe la discusión con cara de sorpresa y cierta timidez:

—Perdonad, pero... ¿qué son caparrones?

—¡¿No sabes que son caparrones?! —replica Pablo, con los ojos como platos.

A lo cual responde con rapidez y aire de normalidad Rodrigo, echando un cable a su primo.

—No, es que caparrones sólo lo llamamos por aquí y en la Rioja, que yo sepa. Es como decimos a un tipo de alubia roja o pinta, Juan —

Pablo, con ganas de seguir en polémica con su mejor amigo Javi, para variar, se dirige a Juan, con cierto aire altivo:

—En invierno es un plato típico, no ahora con el calor, es que “Ezquerra” tiene huerto y le sobran, y los come siempre. ¡Habrás que aguantarle!, ¡menuda tarde nos espera!

La carcajada es general.

—Tengo caparrones y los mejores huevos de la comarca, ¿Algún problema?

Quiere cambiar de tema, y lo cierto es que no entiende que alguien con relación con Belorado no supiese que eran los caparrones. Tras pensar un poco, con la mirada en el río, se dirige a Rodrigo: —Ah claro, “Gafas”, que los padres de tu primo son por parte de tu padre, no son de aquí...

—Eso es — le responde Juan, y de repente ve algo que le crea un gran asombro, como un arcoíris brillante y azulado que deslumbra en su vuelo por los rayos de sol, y vuela rápido río abajo mostrando su prominente pico...

—¡Eh! mirad que ave!

— ¡Guau!, ¡precioso!, es un martín pescador —, afirma Rodrigo con una sonrisa.

—¡Joer!, nunca había visto uno en mis dieciséis años —replica Pablo.

—Yo sí, pero no es fácil, —dice Javier, como vengando su anterior humillación

—En el pueblo de mi madre

—Seguro que no le hacemos mucha gracia estando aquí quitando su comida — responde Pablo.

—Como mucho le hemos quitado el puesto, porque lo que es comida... —dice Rodrigo con una amplia sonrisa —, debiéramos pedirle que nos dé unas lecciones.

Juan, deslumbrado por el paso de la preciosa ave, sigue tratando de abrirse a sus nuevos amigos, e inicia un dialogo con Javi:

—¿Cuál es el pueblo de tu madre?

—Ezquerria.

—¡Ah!, por eso te llaman así, supongo. Es nombre vasco, ¿no?

—Sí, bueno. Aunque no se escribe con k—, vuelve a responder Javier.

—¡Qué raro un nombre vasco! ¿no?

—No, aquí no es tan raro.

Rodrigo les interrumpe:

—Cuenta, Ezquerria, que a ti el trabajo de historia de la Riojilla tocó sobre la Edad Media.

—¡Vale!, saqué buena nota, que me lo curré, ¡eh!, pero mejor empezamos por la base y ya le contamos la historia de la comarca, así que empieza tú con los autrigones.

—¿Los qué? —pregunta un sorprendido Juan.

—Los que te tocan los cojones, — dicen todos los demás mientras ríen.

Tras parar la larga risa y darle una palmadita a su especial visitante, Rodrigo responde:

—Sí, a mí me tocó la época prerromana en el trabajo de clase, así que voy a empezar: Bien, pues esta zona estaba habitada por los autrigones y los berones, estos últimos los antiguos riojanos, pueblos celtas todos ellos. Los autrigones habitaban desde aquí hasta el Cantábrico, pasando por «la Bureba», Miranda, algo del norte de Burgos y parte de País Vasco. Solían estar en guerra con los cántabros, que habitaban al noroeste. Se habla de diez ciudades autrigonas, una fue «Virovesca», cerca de aquí, y dentro de nuestra comarca estaba «Segisamunculum», la actual Cerezo de Río Tirón. Precisamente este río que

pescamos, el Tirón, se cree que viene de autrigón, es decir, río de los autrigones, ya que en general marcaba el límite con los berones.

Aun así, en Belorado, igualmente hubo un castro autrigón, en aquella montaña que se ve sobre el cementerio, que se llama “la Muela” y que solemos llamar “Cara del Indio” por la forma de una de sus rocas.

—¡Mmmmm, interesante! Siempre asocié a los celtas con la zona de Galicia, Asturias... — dice un atento Juan, a lo que su primo le responde:

—Sí, allí hubo mayor influencia. Esto luego fue más romanizado. Pero los autrigones, por todos los datos que se conocen, llegaron con las invasiones celtas y tenían su misma cultura y costumbres. Cuéntale tú sobre los romanos, «Mani»

Pablo, un tanto desganado, responde: —¡Uff!, ya no se si me acuerdo.

—Bueno, ¡pero te toca!

—Pues... Los romanos vinieron, invadieron esto y fundaron ciudades.

Rodrigo sonrío.

—¿No fue así, o qué? —, responde Pablo un tanto enfadado.

—Sí, sí, «Veni, vidi, vici», que diría el Cesar. ¡Es que me hace gracia como lo dices!

—Bueno, ya cuento más—, prosigue— la principal ciudad fue también Cerezo, que los romanos llamarón “Cesarea”.

—Qué no cesárea, ¿no? —interrumpe Juan .

—No, no, eso es lo de los partos, no me desconcentres —ríe.

Por la comarca han quedado muchos restos de esa época. Esquelas, puentes, vasijas, y todas esas cosas, ¿sabes? En la tierra de mi abuelo se encontró una esquela importante, en «la Mesa», al otro lado del río, que es donde estaba en Belorado la ciudad romana, —dice orgulloso.

—Sí, la verdad es que en muchas zonas se han encontrado vestigios de la presencia romana —, replica Rodrigo, ante la atenta escucha de sus amigos, mientras dirige su mirada hacia la hasta hace bien poco, nevadas cumbres de la sierra, que siempre le gusta observar.

—Vestigios, ¡qué palabro!, “gafas”, contesta Mani. Cuéntale tú algo de la edad media, Ezquerria, que ya hemos llegado.

—Sí —sonríe—, a ver cómo te explico... Bueno, ya conoces como fue un poco la Reconquista, ¿no?, una vez de la caída del Imperio Romano, la entrada de los pueblos godos, y luego la invasión árabe, que en ésta zona no fue muy fuerte, aunque sí que en Ibrillos, por ejemplo, había un asentamiento. Y en la cercana Grañón, ya en lo que es hoy La Rioja. Desde ahí los musulmanes solían ir al norte para combatir y saquear, pero era una zona que no controlaron del todo nunca, y desde el norte se inició la reconquista.

Toda la zona que en su día habitaban los autrigones, se denominaba entonces Bardulia, ya que los Bárdulos, que habitaban antes en País Vasco, se desplazaron hacia el oeste empujados por los vascones, que antes estaban en Navarra. Pero ya digo, coincide más o menos con la antigua Autrigonia. No sé por qué lo llamarían Bardulia... Y luego esa zona se acabó llamando Castilla.

— ¿Quieres decir que los autrigones son los primitivos castellanos? —, dice Juan todo sorprendido, creyendo no haber entendido bien a su primo.

—Pues algo así, yo creo.

—¡Si que te lo estudiaste bien! —, replica Rodrigo — lo cierto que los límites de la primitiva Castilla y de la anterior Autrigonia son similares, y que los primeros castellanos son mezcla de diferentes pueblos prerromanos, entre los que destacan los autrigones, pero también vascones, cántabros, caristios, berones,...con los romanos, visigodos,... todos cristianizados, y a ellos se pueden sumar los árabes, los judíos, y toda la gente que después venía de Europa por el camino de Santiago, que pasa por aquí.

—¡Mmmm, suena interesante! Conozco ya la parte de la reconquista de cómo se forma Castilla, su independencia de León, y todo eso. Pero me sorprende esa relación Autrigonia-Castilla. ¿Y sobre la lengua?, dicen que el castellano nació en San Millán de la Cogolla, en la Rioja, ¿no?

—Eso está cerca —le dice Ezquerria, un día nos llevaron con el «Insti».

—La lengua nació del latín que se hablaba con los romanos como base y fue cogiendo cosas de todos los pueblos que habían pasado y pasarían más tarde por aquí, no sé si me entiendes. En San Millán se encontraron los primeros textos en castellano propiamente dicho, o bueno, de un romance similar al castellano al menos, también del euskera, aunque bueno, nacer, nacer... ¡según se mire!

—añade Rodrigo, —puesto que ya se encontraron palabras en castellano en otro sitio del norte de Burgos antes que lo de San Millán.

—Pues no tenía ni idea, otro día me cuentas —replica sorprendido Juan.—¿Y lo de Ezquerria? —vuelve a insistir.

—Ahora llega, “tranqui, tron”, que ya sé que el pueblo de mi madre es la leche — se pavonea Javi irónicamente —a la vez que una extraña risa suena de fondo.

—¿Qué ha sido eso? —dice Juan

—No sé, pero se suele oír, es un pájaro —responde Pablo.

—Sí, es el Pito real —añade Rodrigo.

—Vaya nombre —dice Javi.

Ríen.

—Es un pájaro carpintero, de color verde. Se le suele oír más que ver —aclara Rodrigo.

—Pues parece que se va riendo —comenta Juan

—Parece una risa, sí —dice Pablo.

—Bueno, sigo con lo de antes —continúa Ezquerria. —Pues es que esta comarca fue siempre frontera entre Navarra y Castilla, y perteneció a ambas. Sobre el año mil, era de Navarra, y vinieron gentes de Álava, que hablaban vasco. Y el vasco fue una de las lenguas importantes aquí, que dejaron también muchos nombres de sitios, no solo el pueblo de mi madre.

—Topónimos —le corrige Rodrigo,

—¿Cuál? — dice Javi confundido.

—Que se dice topónimos, a los «nombres de los sitios».

—¡Ah, vale! —. Ríen todos, y prosigue: —La zona se denomina Riojilla por temas geográficos, pero sobre todo por qué culturalmente ha tenido mucha influencia del Reino de Navarra, y se nota en las danzas tradicionales, en el habla, ...

— ¿Pasan muchos peregrinos por el Camino? — pregunta Juan.

— Sí, el Camino trae mucha gente, en la comarca hay muchos lugares de interés, pero el camino es de lo más importante. Por ejemplo, Redecilla con su pila bautismal, o en Vitoria que nació Santo Domingo, que fue uno de los principales impulsores y arquitectos del Camino, junto a quien fuese su discípulo, San Juan de Ortega. En Belorado había Hospital de peregrinos, Villafranca fue muy importante para el camino y en toda la zona durante siglos, al ser sede de obispado. Bueno, tampoco estoy muy «al loro» de todo —, dice Javi.

—Sí, sin duda Domingo fue muy importante para el camino, una persona clave— añade Rodrigo. El Camino, en todo caso, he oído que ya se hacía antes de todo

eso. Se seguía a la Vía Láctea en el cielo para llegar hasta Finisterre. Algo de los celtas, creo. Y Villafranca, que se llamaba Auca, importantísimo en época visigoda, sobre todo.

—Pues tenéis muchas cosas —, dice un curioso Juan, ¿Y castillos, si fue de Castilla, no quedan?

—Sí, hay dos, el de Cerezo y el de Belorado, sólo quedan unos pocos restos, pues como digo fueron destrozados por ser zona de frontera. Aunque sí fueron importantes. El de Belorado fue un regalo de bodas para el Cid, por ejemplo. A partir de la Edad Media es Belorado, llamado «Belforado», quien toma protagonismo, cogiendo el testigo de Cerezo. En rey Alfonso el Batallador, de Navarra y Aragón, le dio un Fuero y entre los privilegios que recoge, le permite celebrar una Feria, que es la más antigua documentada en la Historia de España. Más tarde, ya en el siglo XIX, Pradoluengo tomaría protagonismo, por su industria textil, y ahora es la segunda localidad de la Rioja en habitantes.

—Pradoluengo está en la Sierra que se venía al venir, ¿no?

—Sí, la Sierra de la Demanda. Es preciosa, llena de bosques, te va a gustar. Ya iremos algún día a Fresneda o Santa Cruz, los valles del alto Tirón y del Urbión son la leche —exclama un Ezquerria ilusionado en mostrar tantos sitios que él bien conoce.

—Y a Puras, hay muchas cosas que ver allí: Las minas, las cuevas, la dehesa de hayas... Hay muchos pueblos y muchas cosas que ver por toda la comarca.

—Suenan bien — responde interesado.

—Por cierto, ¿Quieres probar? —, le dice Pablo

—A qué, ¿A pescar?, Nunca he pescado...

—Sólo coge la caña y trata de que los peces se acerquen. Cuando alguno muerda, tira suave y luego recoge hilo, ya te indico. Hoy está "chungo".

—Bueno, a ver... — replica Juan con mezcla de entusiasmo y temor a hacer el ridículo.

—Si es que últimamente con hablar ni nos hemos fijado, a mí me ha comido media lombriz —, dice Javi. Molesto, ya que tanto él como Pablo son expertos pescadores.

—Sí, y además les espanta oírnos — Vamos a estar en silencio y le dejamos probar —añade Rodrigo.

Juan coge la caña, y deja caer el cebo en medio de la tranquila poza. Pasan varios minutos, pero los «morachos», como se denomina aquí a los piscardos, un pequeño pez de ríos trucheros, no se acercan. Todos miran en silencio y con atención, y de repente, cuando ya casi daban el día por perdido, y todos se habían distraído con la silueta de una garza que volaba sobre ellos, Juan susurra expectante:

—¡Esperad, muerde uno!

—Sí, sí, ¡tira ahora! —dice Javi en voz baja, volviéndose a centrar en la pesca, y con cierta angustia por que todo salga bien en el lance.

—Recoge el hilo, lo tienes—

—¡Sí!, guay tío, ¡muy bien! Al menos no nos vamos de vacío —sonríe Pablo — aunque uno de poco sirve...

—¡Pero a mí me hace mucha ilusión! —exclama Juan —nunca había pescado nada.

—Se hace tarde, debemos irnos —dice Rodrigo, interrumpiendo la alegría de su primo madrileño.

—¡Recojamos, pues! —replica Javier.

Una tenue luz rosada empieza a cubrir el cielo, mientras la silueta de un milano negro se dibuja sobre ellos en su camino de vuelta.

Juan, feliz, va pensando en todo lo aprendido clavando su mirada en el leve planeo del equilibrista ave rapaz, que recuerda a una cometa.

—Ya verás, le dice Ezquerra, tienes que venir más veces, a las fiestas, y comer las cosas de aquí. ¡menuda huerta tenemos!, se come muy bien, hay de todo... Estos días, iremos visitando los pueblos de la zona, que vas a estar unos días, ¿no?.

—Sí, una semanita me queda.

—Da tiempo a ver cosas.

Y si vienes a fiestas lo pasaremos bien y nos podrás ver danzar a Pablo y a mí.

—Sí, sí, replica un ilusionado Pablo.

—¿Danzar? —responde Juan sorprendido

—Las danzas de Belorado, el arranque que inicia las fiestas de Gracias, lo tienes que ver y lo entenderás. ¡¿Pero no has venido aún en fiestas?!.

—Nunca me ha cuadrado bien en agosto.



—Son danzas de influencia celta y similares a zonas de la Rioja—, dice Rodrigo.

—Fueron muy famosas, mi tío Fernando me contaba que iba a certámenes en Madrid que se tomaban muy en serio, y aquí las valoramos mucho.

—Y están las fiestas de San Vítores antes. El convento de ese Santo, que fue muy importante, está en Fresno, añade Javi.

—Y si vienes en Los Santos nos vamos a por setas. Cogemos unos níscalos o unos Boletus y ya verás que ricos, dice un entusiasmado Pablo, que tiene gran afición a recolectarlas. Aunque, eso sí, no le dirá donde están los setales de su seta preferida, las finas, o perrechicos, como también se las conoce en la zona. Es su gran secreto.

—Si es cosa de andar por el monte, seguro que me gusta, sí.

—El monte aquí es precioso, hombre, tú vente que no te vas a aburrir, replica Mani.

—Gracias, pues a ver si puedo.

Antes de despedirse, acuerdan darle a Juan el pececillo, de unos diez centímetros, para que su tía le haga una tortilla con él.

Así fue, y la tortilla le supo a gloria. Esta conversación en el río le marcará de por vida. Al llegar a Madrid empezaría a buscar libros e interesarse más por la comarca de su primo, a investigar sobre los temas que habían dicho, descubriendo las diferentes teorías, y conociendo diferentes datos históricos. Más tarde llegó a la Universidad y decidió estudiar Historia, materia que cada vez le había ido gustando más. Al terminar hizo una tesis sobre la Riojilla, y con el tiempo, escribió un libro sobre la historia de esta comarca, que tuvo cierto reconocimiento.

En su presentación en Madrid, en 2009, invitó a los amigos que le hicieron querer a esta tierra. Una tierra que, para su dolor, como todo lo que hoy se conoce como España vaciada, lucha por mantenerse viva.

Tanto Ezquerria como Mani han podido trabajar en Belorado y están orgullosos de vivir en su tierra. En la presentación del libro, la de Madrid, ya que hubo otra en el teatro de Belorado más tarde, Juan tuvo una dedicatoria especial para todos ellos:

— ...esta obra es el fruto de una buena amistad, de una historia que empezó una tarde de verano, en la ribera del Tirón, y pertenece igualmente a unas

personas que hoy me acompañan: mi primo Rodrigo, y mis amigos Javier y Pablo. Ellos metieron en mí el gusanillo por la riojilla burgalesa y Belorado. Aplaudieron emocionados, y se miraron el uno al otro, recordando los muchos momentos vividos estos años. Y especialmente, aquella plácida tarde en la que todos aprendieron a conocerse a uno mismo. Pues en todo este tiempo tratando con Juan, viendo cómo se gestaba su libro y respondiendo a sus preguntas aprendieron que uno es hijo de su patrimonio y su historia.

Juan va cuando puede a Belorado, aprovechando las ventajas respecto a su natal Madrid. Compró casa, y si puede le gustaría acabar viviendo allí, a pesar de que algunas leyes y situaciones, a veces no lo ponen fácil. Un mundo rural que llora y que no siempre es consolado, pero que se resiste a morir. Siente como uno más sus fiestas, especialmente esas danzas que con tanto entusiasmo le mostraron sus amigos, emocionándose con ellos. Rodrigo se siente orgulloso de haber podido convertir a su primo en un amante de su pueblo y su comarca, pues sus raíces están en otro lado, y su familia solo mantiene posesiones en Madrid. Aprecia como el que más su gastronomía, sobre todo los caparrones, y de vez en cuando se pierde por la poza del río, a ver si, como ocurriese aquel día, un martín pescador, u otro bello duende de la ribera, le vuelve a sorprender. Por desgracia, cada vez quedan menos.